

La Banda, Junio 4 de 1946.



Señorita
Amparo Tartaglia
Avenida Colón 1663
Córdoba

Estimada señorita:

Recibí su interesante carta del 29 de Mayo ppsdo. y me he impuesto de todos los detalles que menciona. Para mí no deja de ser una suerte de haber encontrado una colaboradora como Vd., tan voluntaria y tan eficaz. Tres años he perdido sin adelantar mayormente mi trabajo en busca de un laboratorio y de una persona, por intermedio de la cual podrían hacerse los estudios analíticos indispensables, los que más adelante, permitirán llegar a conclusiones definitivas, sobre una base sólida, sin suposiciones de ninguna clase. Gracias a Vd., se ha dado principio ahora, pero también es cierto que todavía falta un largo camino que recorrer, para poder formar un cuadro sinóptico de las técnicas prehistóricas que me he propuesto a presentar. A este fin pienso enviarle una serie de distintos fragmentos, con numeración correlativa, que proceden de diferentes yacimientos, aunque de la misma zona, y cuya cantidad podría ser ampliada indefinidamente.

mi duda respecto a la denominación, interna y externa, ha quedado aclarado esa provenia principalmente de la diferencia de nombres que acostumbro a aplicar a las partes en cuestión, a saber: lado interno y lado externo para las dos superficies, e "interior" para el centro de la sección. Así mismo tomo nota de su manifestación que "existe una capa realmente superpuesta, aunque del mismo material".

Más adelante dice que "la parte interna ha sufrido menos calor. No tiene colorante. El color rojizo es debido a la acción del hierro por oxidación". El análisis ha establecido un porcentaje de hierro casi igual en las tres partes y bastante elevado, lo que explicaría el color rojo de las capas superpuestas, como índice de una cocción a elevadas temperaturas con un fuerte suministro de aire. Pero, lógicamente, el tono tendría que disminuir paulatinamente hacia el interior, lo que no sucede, sino se presente bastante parejo en toda la sección del engobe, y termina bruscamente en la intersección con la parte interior, observándose además que, con el mismo color rojo, penetra en las sinuosidades de la superficie del cuerpo. Eso estaría en cierta contradicción con la opinión del Dr. Albano que me transmitió en otra anterior, y la que decía que el engobe, expuesta la vasija a una segunda cocción, había sido sometido a temperaturas inferiores. El examen microscópico de la sección podría establecer el mayor o menor grado de fusión de los componentes del material, cuya perfección no puede alcanzarse, sino a elevadas temperaturas, y que, a simple vista, parece mayor en la parte interior, lo que favorecería la opinión del Dr. Albano: doble cocción; temperaturas altas para el interior; y sería contradictorio para el engobe cuyo color indica elevadas temperaturas con una fuerte corriente de aire.

Ahora bien, si el examen microscópico comprobara una completa o por lo menos un alto grado de fusión de los componentes de la arcilla, sería indiscutible que la cocción se ha efectuado a altas temperaturas, pero quedaría por explicar, porque la masa no ha adquirido el color rojo, a pesar de su contenido de hierro, sino se ha quemado negro. En América, la alfarería negra es conocida desde el Norte de Méjico y, siguiendo la costa del Pacífico, si bien con intervalos, hasta el Norte de Chile, donde cruza la cordillera para establecerse en el Noroeste Argentino con una prolongación en Santiago del Estero en las margenes del río Dulce. La técnica empleada es bien conocida y concuerda, salvo pequeños detalles, en todas partes. Ambos métodos exigen un lugar cerrado, generalmente un hoyo cavado en la tierra; exceptuamos cierta zona andina donde se ha encontrado hornos contruidos con los tiestos de vasos quebrados, de los que, sin embargo, no hay seguridad, si no pertenecen a una época posterior al descubrimiento. La diferencia consiste en que, en un caso se le suministra una fuerte corriente de aire, mientras en el otro se la reduce a un minimum. Los vasos se queman en el primero rojo y en el segundo negro. Siendo la alfarería negra un producto limitado a ciertas comarcas y a ciertos pueblos, se puede imaginar que un alfarero indígena haya podido emplear ambos métodos en una misma vasija. Si existiera un colorante en el engobe, sería más fácil encontrar una solución del problema. Anticipadamente le remitiré el asa de un gran tinajón que considero un ejemplo característico; he pulido un extremo de la misma para facilitar el examen microscópico. Aparentemente son granos de cuarzo que aparecen a simple vista en la superficie del pulido; la masa es de una dureza excepcional y de color negro. El engobe de ambas superficies no difiere ni en la dureza ni en el color de la muestra que obra en su poder. Este fragmento procede del mismo lugar del anterior, y su análisis y examen microscópico, quizás, aportarán nuevas luces para resolver el problema.

Con lo dicho, creo haber contestado también una parte de su pregunta, si los indígenas han conocido una especie de soplete para emplearlo en sus industrias o al-

281
unos hornos más perfectos? - Respecto a los hornos creo haber sido suficientemente ~~explícito~~
plicito en el párrafo anterior; sobre el empleo de una especie de soplete o canito no
he encontrado nada hasta ahora. Para llegar a esta conclusión, he confrontado a muchos
autores que, durante los últimos cien años han podido observar el método de cocción,
aun entre tribus muy poco o ningún contacto con los blancos, y que describen detalla-
damente el procedimiento, lo que algunos ilustran con fotografías tomadas en el lugar.
Le voy a citar a los más importantes por, si acaso, tuviera oportunidad de consultar-
los:

Para la llanura al Este de los Andes:

Theodor Koch-Grünberg, Fritz Krause, Erland Nordenskiöld, Eduard Krause y otros;

Para la región andina inclusive la costa del Pacífico, (Colombia, Ecuador, Perú):

Eric Boman, Hans H. Brüning, Erland Nordenskiöld, Max Uhle y otros;

Para Chile: C. Fonck.

De los relatos de todos ellos se desprende que los indígenas precolom-
binos han conocido perfectamente la importancia de la corriente de aire para que su
alfarería adquiera un color rojo; lo mismo como han sabido que la reducción de esta
corriente a un minimum posible, producía alfarería negra.

Sobre la cuestión de los colores orgánicos e inorgánicos volveré cuan-
do le remita las nuevas muestras, ya que esta epístola, de por sí, ha resultado dema-
siado extensa y no es admisible prolongarla más. Me doy perfecta cuenta que sacrificio
significa para Vd. tener que soportar semanalmente un bombardeo de esta clase que con-
siste no solamente en la lectura, sino en los interminables gestiones que le solicito.
Le ruego quiera disculparme.

Recién ahora, trataré de satisfacer, aunque sea a medias, el pedido
que Vd. tuvo a bien de formularme. El Agave Americano o Pita criolla (Aloë), según lo
que he conocido en el Chaco, no es la planta que los chequeños llaman "caraguatá". Es-
te último, si bien una bromeliácea, es una planta chica cuyas hojas, relativamente
blandas, no se elevan más que 20 centímetros o algo más sobre el suelo. En Santiago
del Estero existe otra especie cuyas hojas alcanzan hasta 50 centímetros de largo y
que se llama Chaguar (Bromelia serra); se distingue por la extraordinaria dureza de
sus hojas cuyos bordes están sembrados de espinas muy fuertes, dobladas en gancho. Los
campesinos usan esta planta para cercar sus sembrados porque ningún animal, fuera del
porcino, se atreve cruzar este cerco. En la actualidad se usa su fibra únicamente pa-
ra coser aperos o guardamontes (poseo uno de estos); no he conocido ninguna clase de
tejidos a base de esta fibra. En los últimos seis meses se ha desarrollado una nueva
industria que explota la fibra del chaguar para la fabricación de las plantas para al-
pargatas. Lamento no poder informarle nada sobre los colorantes empleados, como tam-
poco sobre las técnicas; como no existe en esta provincia el empleo de esta fibra para
tejidos, nada puede decirle sobre motivos e interpretaciones de los mismos. La fibra
se separa de la hoja carnosa de la planta, machacándola y limpiándola bien con el cu-
chillo, antes de colgarla para secar, formando las fibras ganadas en una hoja un mano-
jo. Si le interesara, podría mandarle una planta, como también uno o varios manojos de
fibras.

Casi se me escapa agradecerle el empeño que ha tenido para conseguir un
laboratorio que esté equipado para hacer microfotografías que serían indispensables pa-
ra resolver muchos puntos, aun oscuros, de la técnica alfarera, y que servirán de do-
cumentación.

Afectuosamente le saluda